





# ESCONDIDO EN EL ASFALTO



José Antonio López Fernández

ESCONDIDO  
EN EL ASFALTO



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio López Fernández

ISBN: 978-84-19439-20-8

ISBN digital: 978-84-19439-21-5

Depósito legal: M-20284-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a la memoria de Ignacio Pérez Córdoba,  
magnífico letrado y mejor amigo.*





La presente novela es una obra de ficción, siendo sus personajes fruto de la imaginación del autor, sin que representen o se correspondan con ciudades, empresas, instituciones, personas, ni sucesos reales.



## PARTE PRIMERA: EL EXPEDIENTE



# I

—¿Dónde está el expediente?

La voz del interventor suena seca, algo enfadada, y José levanta la cabeza, sorprendido, apartando la mirada y la atención del montón de facturas que está ordenando. De forma absurda se siente culpable, como si le hubieran sorprendido haciendo algo malo en lugar de trabajando.

Su jefe está de pie junto a su mesa, mostrando en su rostro flaco la señal inequívoca de que hay problemas; «Y es martes —piensa José—, solamente martes». Pero en la puta Intervención General de su Ayuntamiento hay problemas todos los días de la semana. De nuevo, y no es la primera ni será la última vez, vuelve a pensar que cuando consiguió la plaza debería haber optado a un puesto vacante en el Área de Cultura.

—¿Qué expediente?

La pregunta parece molestar al interventor, que muestra, agitando, unos pocos documentos sujetos por un clip.

—Esta obra supera los 50.000 euros; no lleva decreto, ni propuesta ni informes. Necesito el expediente, a ver quién lo autoriza y para qué se ha hecho —dice, soltando de golpe los papeles sobre la mesa.

El interventor se da la vuelta y se dirige a su despacho. José se queda mirándole y, durante unos segundos, se limita a observar la puerta del despacho de su jefe. Después suspira y, sin revisar los papeles de la discordia, se levanta y sale a la puerta de la oficina.

El Área Económica de su Ayuntamiento mira al mar, como

todo en esta ciudad. José enciende un Camel y aspira la primera calada mirando hacia el oeste, intentando evitar el viento de levante que el cálido verano sureño trae siempre consigo, aumentando el calor, secando el alma y acabando con la paciencia de cualquiera. «Estoy harto de la Intervención», piensa mientras fuma, siempre revisando el trabajo de los demás, metiendo datos en la contabilidad, nadando en papeles absurdos que no importan a nadie. Durante un rato, acabado el pitillo, permanece en la puerta de la oficina bajo el sol aún suave de esa hora temprana, pese al fastidioso vendaval.

Cuando se da la vuelta y entra, José se cruza con Chano, el otro administrativo, que sale hacia Contratación.

—Hay que sacar un listado de las facturas no tramitadas —le suelta Chano, mientras se rasca compulsivamente el pómulo izquierdo. Es un tipo nervioso, charlatán, pero no es mal compañero.

—¿Las que no tienen conforme ni decreto?

—Ajá —responde Chano, asintiendo—, pues ha transcurrido más de un mes desde que entraron en el registro. Me lo acaba de decir el jefe, que ha ido a buscarte a tu mesa y tú no estabas.

José no contesta y continúa hacia su mesa, en una sala grande donde hay otras siete mesas idénticas a la suya, diferenciadas solamente por los documentos que prácticamente las ocultan. Se sienta de nuevo y continúa grabando facturas, la cabeza perdida mientras mecánicamente repite las operaciones, anotando los datos en los campos del programa.

Solamente al final de la mañana, cuando ha grabado todas las facturas y ha realizado las consultas pertinentes para determinar las que no han sido conformadas ni aprobadas, José vuelve a mirar los documentos que enfadaron al interventor.

Hay un murmullo de fondo en la oficina, un chiste que cuenta Raquel y al que solamente atienden otras dos auxiliares. José recoge los documentos, cuatro, que hay que fiscalizar: una factura, emitida por Burgo Hermanos S. L., por importe de 124.010 euros, IVA del 18 por ciento incluido. Junto a la factura, tres hojas fo-

tocopiadas que recogen un desglose de partidas de obra, con los números casi borrados por la falta de tóner, y que al final suman 105.093,22 euros. José calcula a mano el IVA y obtiene la cantidad correcta. Suspira.

La factura va dirigida al Área de Urbanismo y el concepto es la remodelación de la plaza de Oporto; «No sabía que tuviésemos una plaza de Oporto», piensa José. El contratista no es conocido y no hay otros datos.

José mira el reloj del ordenador: las 14:23, todavía hay tiempo y no quiere que el interventor le llame la atención mañana a primera hora si no ha averiguado nada.

—Pepa, búscame una retención de crédito por importe de 124.010 euros —le dice a la auxiliar que trabaja en la mesa de su derecha.

—¿En el Ayuntamiento o en algún organismo? —pregunta Pepa, delgada, de tez pálida, tranquila, que trabaja grabando operaciones contables mientras escucha de fondo alguna canción que suena a Luis Miguel.

—Empieza por el Ayuntamiento, por el Área de Urbanismo.

—Vale.

Descolgando el teléfono, José llama al Área de Urbanismo, donde después de un rato le coge el teléfono Juan:

—Quillo, que son casi las tres, ¿qué te pasa? —le contesta Juan.

—Nada, que el interventor se ha cabreado con una factura que ha llegado con menos papeles que la burra de un gitano. ¿Te suena una obra en la plaza de Oporto?

—¿Y dónde está eso?

—Pues no sé, seguramente en la Unidad de Ejecución Norte, donde están construyéndolo todo.

—¡Ese portugués, que hijoputa es!

—Déjate de fútbol...

—¡Qué tú eres del Madrid!

—Venga, Juan...

—¡No ganáis ni en el recreo!

—Juan, coño.

—No te estreses... ¿Quién es el contratista?

—Burgo Hermanos S. L.

—Ni me suena, quizás sea una de esas obras urgentes que está haciendo Antonio con el dinero de la diputación.

—¿En una zona nueva, una obra de remodelación?

—No lo sé, voy a preguntárselo a los delineantes. Ahora te llamo.

—Vale.

Durante unos minutos, mientras comprueba la numeración de los decretos y calcula una reclamación de intereses, José se olvida de la factura. Pero a las 14:50 suena el teléfono y en la pantalla aparece el nombre de Juan Chozas.

—Dime, Juan.

—La plaza de Oporto está efectivamente en la Unidad de Ejecución Norte, pero nadie sabe nada de una obra allí. Es una plaza pequeña, de hormigón impreso con unos pocos árboles.

—Vale, pero la factura va dirigida a vosotros.

—Pues pregúntale a Antonio.

—Eso le toca al interventor.

—Esos dos se odian.

—Es problema suyo.

—Bueno... oye, ¿con quién vais a perder esta jornada?

—Eres un poco plasta, Juan.

Las risas le llegan a través del auricular:

—¡Este año ni Europa ni Liga ni *ni!*

—Adiós, Juan.

Cuando cuelga, José escucha como le llama Pepa:

—No hay retención de crédito por ese importe, ni en el Ayuntamiento ni en los organismos.

—Gracias, Pepa.

—¿No será una obra de la Empresa de Viviendas?

—No vendría aquí la factura, Pepa.

—Vale.



José se levanta y anda los pocos metros que le separan del despacho del interventor. Toca en la puerta y abre, observando a su jefe que escribe en el teclado de su ordenador algún informe, encorvado ligeramente sobre la pantalla, mientras la mesa aparece literalmente alfombrada de documentos contables, decretos, citaciones y toda la polvareda que forma la documentación administrativa de un Ayuntamiento mediano.

—Dime, José.

—No hay expediente, ni tampoco retención de crédito. No sabemos nada de esa obra.

—¿Dónde está la plaza de Oporto?

—En la Unidad de Ejecución Norte, una plaza pequeña. Pero lo he tenido que preguntar.

—¿Y ya la están remodelando?

José se encoge de hombros:

—La verdad es que no tenemos más detalles.

El interventor coge la documentación que le devuelve José.

—Aquí hay acerados, alcorques y parte proporcional de instalaciones de pluviales... ¿Es una plaza pequeña, dices?

—Eso me han dicho en Urbanismo.

Durante un minuto el interventor revisa las partidas que detallan la obra facturada; al final decide:

—Habrá que ir a ver la obra; mañana temprano me acompañas y buscamos la plaza de Oporto.

José se queda un rato sin contestar; es inusual que el interventor acuda a comprobar las obras personalmente, ya que no tiene capacitación profesional en arquitectura ni en ingeniería y no le han asignado ningún técnico para ello. Normalmente se limita a señalar la falta de medios técnicos en sus informes, pues ya tuvo una discusión con el concejal de Recursos Humanos sobre el tema y no consiguió que le asignaran siquiera un delineante para medir las obras realizadas.

«Al menos —piensa José—, mañana estaré al aire libre».



## II

José salió del Ford del interventor, del fresco del climatizador al aire caliente mezclado con polvo de cemento que encerraba como un gigantesco invernadero toda la Unidad de Ejecución Norte.

Nada más apoyar los pies en el acerado a medio construir, los gritos de un *ferralla* que abronca a un conductor despistado se alzaron sobre el rechinar de las grúas y el ronco respirar de los motores diésel. El ferralla grita indignado que el hierro era de tres y tenía que ser de tres y medio. El conductor, sin bajarse del camión, contesta mosqueado que el hierro no lo había cargado él; eso provocó que el ferralla le indicara en qué parte de su hermana podía meter su carga y de allí se pasó a comparar la honradez de las respectivas madres.

—Vámonos, José.

La voz del interventor le sacó de la contemplación, un tanto embobada, de la creciente trifulca entre los trabajadores. Su jefe se acerca a un hombre con aires de encargado que, tras una breve conversación, les indica dónde debe estar la plaza de Oporto.

Los dos funcionarios caminan esquivando palés de ladrillos, montones de arena, vallas de obra y un sinfín de basura que llena todo el espacio que no ocupan los materiales. Después de recorrer unos 200 metros, llegan a una pequeña plaza de forma triangular que se encoge entre dos bloques de Protección Oficial y un edificio ya casi terminado, pendiente de la pintura y algo de carpintería. José observa una placa con la leyenda «PLAZA DE OPORTO» y se lo indica a su jefe:

—Esta es la plaza.

El interventor asiente y observa el espacio a su alrededor: uno, dos, hasta seis árboles, delgados aún, sujetos con bandas de goma a unos puntales de madera que los mantienen erguidos. Hay un husillo de pluviales en el centro, donde llegan las caídas del hormigón impreso que constituye el pavimento de la plaza.

—Seis alcorques, seis árboles, un desagüe de pluviales y quizás 300 metros cuadrados de hormigón impreso. ¿Tú crees que esto vale más de 100.000 euros, José?

La pregunta, aunque retórica, le sorprende.

—No, no lo vale.

—Pues aquí alguien se pasa de listo —concluye el interventor.

José no responde; está mirando alrededor, ese cielo sujeto por grúas, donde las estructuras de hormigón se alzan como titanes extraños entre las cicatrices de asfalto que cruzan todo el sector. La Unidad de Ejecución Norte es la apuesta definitiva por el crecimiento de la ciudad, la obra maestra del desarrollo que permitirá a la urbe estancada salir de su prolongado declive, si uno quiere creer los constantes trípticos de propaganda que el Ayuntamiento emite, con una foto del alcalde o del concejal de Urbanismo, sonrientes entre los números en negrita que detallan los puestos de trabajo que se crearán y el valor de lo construido.

El interventor saca una cámara de fotos del bolsillo, se dirige a una esquina de la plaza y desde allí toma varias fotos, mientras José espera un poco sorprendido.

—Intervención material de las inversiones —dice el interventor, que sonríe un tanto forzado.

«¿Y eso es un chiste?». José no responde: su jefe no es mala persona, quizás un tanto huraño, pero definitivamente es un bicho raro.

### III

De vuelta a la oficina, José se sienta con sus facturas mientras observa como el interventor coge la carpeta de firmas y se dirige al despacho del concejal. «Va a comentarle al político el tema —piensa— y dentro de poco veremos al concejal con el gesto descompuesto».

El interventor toca ligeramente en la puerta del despacho, avisando su entrada, y después pasa al interior. El concejal de Economía está hablando por el móvil, pero le hace un gesto indicándole que entre y se sienta. Al cabo de un rato, cuando le ha asegurado a su interlocutor que hablará con quién sea para solucionar el problema, cuelga el teléfono y mira al interventor.

—Tú dirás.

—Antonio sigue haciendo obras sin encomendarse a Dios ni al diablo, con el remanente de la diputación —suelta, quizás demasiado brusco, el interventor.

El concejal Jorge Ruiz toma aire con fuerza.

—No sé nada de eso —responde.

—Pues no es la primera vez; cuando recibimos la comunicación de la diputación que detallaba el importe concedido, te dije que había que hacer los proyectos, aprobarlos y tramitarlos en Contratación antes de hacer nada.

—Lo que se hizo entonces eran obras urgentes —se defiende el concejal.

—Todo no puede ser urgente —responde el interventor.

—Eso es sacar las cosas de quicio —replica, molesto, el concejal.

—Pero es que se han hecho al menos dos obras sin tramitarlas legalmente y ayer nos sorprendimos con una tercera.

—Ya presentaste un informe negativo —señala el concejal.

Ahora es el interventor quien suspira:

—No se trata de presentar un informe negativo, sino de que no se hagan mal las cosas.

El concejal se levanta de la silla:

—Hablaré con mi compañero; ahora me voy a una rueda de prensa.

—Gracias.

Cuando sale Jorge, el interventor se queda un minuto sentado en el despacho del político. «Siempre es igual —piensa—, no tienen la menor intención de cambiar la forma de trabajar». La mayoría de los políticos siente que los trámites administrativos son una pérdida de tiempo, sobre todo aquellos que forman los expedientes de contratación administrativa. Y demasiado a menudo intentan saltárselos.

No siempre la corrupción está detrás de esta costumbre; a veces solamente interviene la vanidad, las ganas de ser muy importante y, por supuesto, las ganas de mostrar a los demás esa importancia propia. Entonces es cuando se comprometen con fulano o mengano: «Esta obra es tuya, tráeme los papeles y lo arreglamos». Otras veces es la falsa convicción de que, evitando seguir las normas de contratación, todo es más rápido.

Pero algunas veces, pocas, pero aun así demasiadas, lo que hay detrás de la falta de trámite y de los acuerdos adoptados en el restaurante en lugar de la oficina es más oscuro. En esas ocasiones, un extraño instinto desarrollado con el tiempo le suele avisar que, camuflándose en la rapidez o la comodidad, escondiéndose tras la pantalla del tan socorrido interés público, se encuentra una razón privada, monetaria o en especie, que impulsa a políticos y funcionarios a favorecer a uno entre todos.

El interventor hace una mueca y vuelve a suspirar: no se trata de ser un santo, sino de respetar la ley y el dinero de los ciuda-

danos. Le parece muy obvio y, de una manera un tanto infantil, desearía por una vez contemplar como alguno de esos apaños le sale mal a alguien, ver como una gestión ilegal trae consecuencias. «Que pierda el malo», piensa. Pero esto es la vida real y el malo nunca pierde.

¿Y quién es el bueno? El interventor sonríe para dentro; le cuesta pensar en sí mismo como bueno, siempre leyendo entre líneas, buscando la razón (real) de las cosas, a veces viendo fantasmas: en no pocas ocasiones es la incompetencia o la dejadez que hace que se gestionen mal los asuntos públicos, lo que causa trámites incorrectos o el saltarse documentación que la normativa exige. Pero debe comprobar y fiscalizar en un universo en el que una parte de sus actores no tiene interés verdadero en su trabajo, otra parte tiene unos objetivos distintos a los que deberían primar y una exigua minoría, corta pero dañina, persigue el fin de lucrarse a toda costa, rapiñando pequeñas esquirilas del dinero que circula o buscando el gran pelotazo, que es la auténtica seña de identidad de los listos, como ellos mismos se definen (todavía recuerda al *Gordo* diciendo irónico que en este mundo tiene que haber un listo entre tanto tonto).

El funcionario suspira por tercera vez, se levanta de la silla de cortesía y vuelve a su propio sillón; no sabe si es bueno o no, pero tiene trabajo que hacer.





## IV

—Vamos a hacer una búsqueda de facturas entre 59.000 y 200.000 euros —le dice el interventor a José.

—¿Qué es lo que buscamos? —pregunta José.

—Facturas de obras nuevas y de mantenimiento, que no tengan expediente individual, sino que estén incluidas en relaciones de decreto, pero que le falten informes y propuestas. No puede haber muchas —asegura.

—¿Es muy urgente?

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunta el interventor.

—La relación de facturas registradas y no tramitadas y los cálculos de contratos que necesita Chano para el anteproyecto de presupuestos.

—Deja eso y busca las facturas —decide el interventor.

El interventor entra en su despacho y José empieza a teclear en el ordenador. En el campo rotulado como «Importe desde» marca 59.000 y en el titulado «Importe hasta» detalla 200.000. El ordenador trabaja unos segundos y entonces la pantalla cambia y muestra más de 70 operaciones.

José exporta el listado a Excel y empieza a eliminar las facturas del contrato de mantenimiento de jardines, de los contratos de limpieza y del servicio de grúa municipal. Al final le quedan 11 operaciones de gasto y el administrativo comprueba satisfecho que todas son de inversiones.

Ahora se trata de recuperar los expedientes; siete de las operaciones están pagadas y anota los datos para reclamarlas en Tesore-

ría; las otras cuatro no están aún en fase de pago y debe comprobar si están todavía en la Intervención o ya se han firmado y enviado a la Tesorería.

—José.

El interventor está asomado a la puerta de su despacho.

—¿Sí?

—Busca también las facturas del año anterior.

«Después de todo, no va a ser tan fácil», piensa José. Pero cuando acaba de anotar las fechas y los números de operaciones, cierra el ejercicio en el que está trabajando y cambia al año anterior. La búsqueda es más lenta, pero más provechosa: esta vez hay 38 operaciones de inversiones que responden a ese tramo de gasto.

Cuando entra al despacho del interventor, José lleva dos listados conteniendo los datos de 49 operaciones contables que reflejan inversiones.

—¿Cómo ha ido eso? —pregunta su jefe.

—Cuarenta y nueve operaciones, que suman algo menos de cinco millones de euros.

El interventor asiente:

—Ahora hay que buscar la documentación unida a los documentos contables: facturas, decretos, informes previos de consignación, certificaciones de obra... todo lo que se te ocurra. Y ya después descartaremos lo que sea necesario.

A José le lleva el resto del día reunir los antecedentes y, aun así, no termina. En Tesorería se quejan, pues las facturas del ejercicio anterior están todas pagadas y tienen que consultar una a una las cajas de archivo correspondientes para extraer la documentación y fotocopiarla.

Cuando llega la hora de salir del trabajo, José contempla las fotocopias apiladas en la esquina derecha de su mesa. Mañana deberá revisar la documentación, pero con el listado que ha obtenido del programa contable ya tiene una certeza: Burgo Hermanos S. L. no ha trabajado antes para este Ayuntamiento.

José se levanta, marca la hora de salida en el ordenador y lo apaga. Le duele un poco la espalda, como siempre que pasa muchas

horas sentado, y vuelve a pensar en que tendría que acudir más a menudo a la piscina municipal. Coge un Camel y se lo lleva a la boca después de saludar a sus compañeros: Chano, Raquel, Pepa, María, Isabel y Carlos. El jefe está todavía en su despacho y José ya ha encendido el cigarrillo cuando sale de la oficina, a ese calor tan denso que parece apoyarse en sus hombros. Mira el mar, pero hoy ni siquiera su azul de postal refresca el aire sobre la ciudad sureña. Despacio, algo cansado, camina unos 20 minutos para llegar a su casa, un bloque de seis plantas de altura en una barriada corriente, ni buena ni mala, donde los precios de las viviendas se han mantenido dentro de un límite casi razonable, lo suficiente para que su sueldo de funcionario le permita pagar la hipoteca.

En esta ciudad antigua, donde los colores suaves de los edificios rompen la íntima confusión de un único azul formado por el cielo siempre despejado y el mar tranquilo, la locura del ladrillo también ha encontrado acomodo. Como hay poco terreno, salvo en el norte, los precios no han crecido tanto como en la bulliciosa urbe turística vecina, a menos de media hora de autovía. Pero, aun así, el incremento de los precios ha propiciado que surjan promotores en los lugares más insospechados y con los antecedentes más disparatados: antiguos carniceros, maestros, vendedores de seguros o mozos de farmacia son ahora constructores.

Y la gente común paga el pato, pues el aumento del precio repercute en todas las viviendas y muchos propietarios de pisos corrientes, agobiados al comprobar como aquellas viviendas a las que quisieran mudarse aumentan su coste, incrementan a su vez la valía teórica de su propia primera vivienda, confiados en que alguien habrá que quiera comprarla. Y mientras haya alguien dispuesto a pagar 300.000 euros por una vivienda que vale 200.000, la progresión no se detendrá.

José piensa en ello mientras sube hasta la cuarta planta sin usar el ascensor; su compañero Carlos piensa que la culpa es de los bancos, que le dan un préstamo a cualquiera. Pero él cree que la culpa también es de la gente, que no mide bien sus propios recursos, que

no tiene fin en sus pretensiones y que después se ven abocados a vivir de la Visa, de la tarjeta del Carrefour y a pensar desesperadamente lo lejos que queda el día del cobro, cuando aún no ha terminado la segunda semana de cada mes.

Durante un rato, el funcionario come una ensalada y un filete en la propia cocina, con el ruido de fondo de una presentadora del Telediario que le habla de política y de fútbol; después recoge los platos, enjuagándolos y colocándolos en el lavavajillas, y se sienta un rato en el salón. Sin pretenderlo, abre el portátil y lo conecta, empezando a leer la prensa para poco después embromarse con YouTube; cuando empezó a dolerle la cabeza, derivó hacia otras páginas antes de cerrar la tapa y echarse hacia atrás en el sillón.

Tenía el impulso de asomarse a la ventana de la cocina para fumar, pero también la pereza de dejar su asiento. Sin saber bien cómo, sus pensamientos derivaron a la factura de marras.

Entonces se le ocurre una idea: abre la tapa del portátil, entra en Google y teclea Burgo Hermanos S. L. Lo único que consigue es un anuncio societario en un periódico local castellano, pero nada más. Ni páginas web, ni anuncios de contratación, ni otra indicación antes de que las búsquedas saltasen a las palabras «hermanos» y «burgo» de forma aislada, perdiéndose en ese infinito laberinto borgiano que es internet.

José intenta hacer dos nuevas búsquedas, utilizando las aplicaciones de localización de empresas y actividades, pero solamente encuentra el CIF y una reseña de un juzgado mercantil sobre la constitución de la sociedad limitada. Parecía que Burgo Hermanos S. L. no existiese en la red.

Durante unos minutos se limitó a permanecer ante la pantalla, escuchando el murmullo suave del ventilador interno. Estaba pensando de nuevo en un Camel cuando de pronto le llegó la inspiración. Tecleó las palabras «constructores burgo» y, después de varias entradas sin sentido, apareció una búsqueda interesante.

La página web informaba de una promoción de viviendas iniciada por los constructores Luis y Cecilio Burgo Sánchez en la ve-

cina ciudad turística. Después de las usuales referencias a la calidad y al emplazamiento privilegiado de las viviendas, había una web de referencia y un nombre comercial, Hebursan S. L. José anotó la dirección web y el nombre de la empresa y continuó buscando con las nuevas referencias.

Ahora encontró otra empresa relacionada con los constructores, Contecaux S. L., pues esta empresa había obtenido una licencia de obra en una de las promociones. Y el nombre Contecaux sí le sonaba, a diferencia de Hebursan y Burgo Hermanos. Mañana podía acceder al Registro Mercantil desde los ordenadores de Recaudación y averiguar algo más.

Le quedaba algo por hacer: tecleó el nombre de la web de referencia, una inmobiliaria llamada Oportunidades del Sur. Le parecía un nombre cutre, casi como una tienda de todo a cien.

Navegando por la web, entre datos de viviendas y mensajes publicitarios, le llamó la atención un nombre que aparecía bajo el cargo de director comercial: Pablo Bustelo. El nombre le sonaba, pero no podía recordar quién era. También lo anotó.

José desconectó el ordenador con un creciente dolor de cabeza mientras pensaba que mañana tendría que hablar con Juan Chozas.

